

# El tamaño importa. Política multiescalar en entornos post-humanos

## *Size Matters: Multiscalar Politics in Post-Human Setting*

Iñaki MARTÍNEZ DE ALBENIZ

Universidad del País Vasco  
i.albeniz@ehu.es

Recibido: 28.06.08  
Aceptado: 23.09.08

### RESUMEN

El artículo aborda la política como un fenómeno eminentemente controvertido y multiescalar. En él se hace un repaso de distintas *versiones* de la política que coexisten en entornos post-humanos, pero no de manera necesariamente armoniosa o complementaria: desde las formas convencionales o terminales de la política (la *megalopolítica*) en las que saberse haciendo política y hacer política son aspectos coincidentes, a otras articulaciones más complejas en las que lo político es más estructurante allí donde es menos reconocible como experiencia. Para hacer inteligibles estas nuevas articulaciones, de entre las que destacan la *biopolítica* o política de los cuerpos, y la *nanopolítica* o política de (todas) las cosas, es preciso elaborar nuevos dispositivos que desfiguren una política hasta ahora presa de la trampa figurativa del antropocentrismo.

**Palabras clave:** Política. Poder. Biopolítica. Post-humanismo. Tecnología.

### ABSTRACT

The article approaches politics as an eminently controversial and multiscalar phenomenon. It reviews different versions of politics that coexist in post-human settings, not necessarily in an harmonious or complementary way. These range from the conventional forms or terminals of politics (*megalopolitics*), in which the awareness that one is practicing politics and the practice of politics are coincidental aspects, to other more complex articulations in which the political is more structuring in its effects where it is less recognisabel as experience. To make these new articulations intelligible - or which *biopolitics* or the politics of bodies, and *nanopolitics* or the politics of (all) things are the most outstanding - it is necessary to elaborate new conceptual ensembles that disfigure politics, which until now has been caught in the figurative trap of anthropocentrism.

**Keywords:** Politics. Power. Biopolitics. Post-humanism. Technology.

## **SUMARIO**

1. Introducción. 2. Megalopolítica: la política del Ágora. 3. Biopolítica: la política del cuerpo. 4. De la descomposición de los cuerpos a la política molecular. 5. La nanopolítica o política de (todas) las cosas. 6. Proyecciones. Bibliografía citada.

“Soy un puerto de inserción de  $C_{19}H_{28}O_2$ . Soy al mismo tiempo una terminal de uno de los aparatos de control del poder estatal, y un punto de fuga por el que se escapa la voluntad de control del sistema.

Soy la molécula y el estado, soy la rata de laboratorio y el sujeto científico que lleva a cabo la investigación, soy el detritus de una operación química y la materia prima a partir de la cual se elabora una nueva especie en la línea, siempre aleatoria, de la evolución de la vida. Soy T”.  
Beatriz Preciado (2008:108)

“Los jóvenes vemos en digital”  
Anónimo

## 1. INTRODUCCIÓN

En un original artículo que se incluye en el catálogo de la exposición-ensayo *Making Things Public*, comisariada en 2005 por Bruno Latour y Peter Weibel en el ZKM de Karlsruhe, Dario Gamboni hace un repaso exhaustivo de los modos en que a lo largo de la historia se ha representado el cuerpo político. Sostiene Gamboni que una de las maneras de hacer públicas las cosas –y de hacer las cosas pública, que no es lo mismo pero es igual– es elaborar una representación visual, una imagen, de las mismas. Las imágenes que han representado el cuerpo político han sido diversas a lo largo de la historia: la efigie del mandatario que literalmente *representa*, es decir, está por la comunidad, la personificación de la comunidad en una persona ficticia, esta misma personificación integrada en una escena alegórica o el simbolismo de determinados objetos. Salvo en esta última modalidad, con mucho la menos frecuentada, el sesgo antropomórfico ha sido el común denominador de la gran mayoría de las representaciones del cuerpo de la política desde los siglos XIII y XIV, fecha en que comienza el muestrario de Gamboni, hasta nuestros días. La portada del *Leviatán* de Hobbes, comentada hasta la saciedad, es el epítome de estos y otros intentos de tematizar la relación entre individuo y poder político mediante la organización de su coexistencia *visual* en términos puramente antropomórficos. Así, en el *Leviatán*:

“El cuerpo compuesto tiene que ver con la teoría antropomórfica del ‘cuerpo político’, pero, más allá del conjunto de ciudadanos reunidos como commonwealth, representa el momento decisivo en el que la multiplicidad es reemplazada por la unidad, por una unidad que es infinitamente mayor que la suma de sus partes y que por tanto tiene su propio rostro” (Gamboni, 2005:165).

Dos consecuencias se extraen de lo anterior. En primer lugar que el cuerpo político es una emergencia, esto es, algo distinto del sumatorio de sus partes. Pero, en segundo lugar, por más que se considere una instancia supraindividual, al cuerpo de la política se le atribuye una forma antropomórfica: un rostro (propio) y un cuerpo formado a su vez por los cuerpos de los ciudadanos que sellan el pacto que da origen al Estado. El cuerpo político no es, obviamente, una persona real, pero es representado como tal, mediante un registro antropomórfico que lo hace plausible, codificable.

Andado el tiempo, no será hasta la renuncia al imperativo realista, debida mayormente a la irrupción de la fotografía y las vanguardias pictóricas de la primera mitad del siglo XX, que se pondrán las bases para un cuestionamiento de la deriva antropomórfica del cuerpo político, esto es, de la cualidad figurativa (realista) de la representación del poder. Pero incluso en semejante momento histórico, caracterizado por una enorme explosión de las ambiciones estéticas de los artistas, cuando de representar otras formas de poder tangentes a la política convencional se trata, es frecuente que se siga recurriendo casi sistemáticamente a una imagen antropomórfica. Por poner un ejemplo, en una imagen que data de 1902 (Gamboni, 2005:172), el poder *invisible* del dinero (Simmel, 1997) se representa mediante un personaje, oculto a la mirada del público y en cuyo sombrero se puede leer la palabra “dinero”, que mueve los hilos de unos títeres que representan a los políticos. En suma, también en los momentos de mayor cuestionamiento de las convenciones institucionales de la política, la pedagogía política, incluso la crítica, acude al tropo de la personificación.

Dicho queda: prácticamente hasta nuestros días, la interfaz con la que la sociedad ha operado en relación al cuerpo político ha sido una interfaz antropomórfica y humanista. Esto ha redundado en la jibarización del campo de lo político, ya que se ha expulsado de él toda refe-

rencia al influjo que las cosas (lo no-humano en general) despliegan en la configuración del espacio público-político. En este sentido, la feliz y contraintuitiva expresión “Parlamento de las Cosas”, que Bruno Latour ha puesto en circulación recientemente, supone una llamada a la *pro-vocación* política, esto es, a producir otras voces políticas, otras representaciones del cuerpo de la política. Otras estrategias de composición de la *res pública* (literalmente, la *cosa pública*).

Siendo ésta la inspiración fundamental de estas páginas, me moveré en el quicio entre la política y la estética en el sentido en que Walter Benjamin relacionaba estas dos instancias. En el epílogo del seminal texto *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*, Benjamin escribe sobre las relaciones entre política y estética. Éstas pueden ser de dos tipos. De un lado, se da una estetización de la política. La estética estaría, en este caso, subsumida en la política, instancia que la cooptaría y la pondría a su servicio como tecnología de sublimación del poder. La culminación histórica de este proceso de estetización de la política es el fascismo. Del otro lado, se daría la relación inversa de una politización de la estética. En este caso, se cumpliría una de las máximas del constructivismo: los cambios de forma provocan cambios políticos. Dicho con otras palabras, los cambios estéticos acarrearían transformaciones políticas, pero no sólo en el nivel más elemental de la representación política (democrática o no), sino también y sobre todo en la representación del cuerpo político, lo que es decir en los procesos de simbolización del mismo: en los modos de hacerlo visible, decible e inteligible. En este segundo caso, la estética no queda subsumida bajo la forma de la política. Bien al contrario, es la política la que, con el concurso de la mediación estética, se (re)define cultural y discursivamente. Metapolíticamente.

La hipótesis con que voy a trabajar es que en sociedades complejas como las actuales es perentorio elaborar interfaces (no meras representaciones, sino representaciones habitables) más sofisticadas del cuerpo político, pues las representaciones convencionales que seguimos manejando de forma tan contumaz como acrítica no contribuyen sino a la sublimación de una forma caduca de concebir lo político, bien desde la óptica del deber ser, bien desde un prurito emancipatorio. Es posible que una de las rémo-

ras que en la actualidad aquejan a la política sea la falta de asunción de que lo político puede estar dirimiéndose en un plano de la realidad donde no nos sabemos haciendo política, al tiempo que nos empeñamos, de forma meramente retórica, en seguir creyendo que la hacemos en ámbitos que se encuentran ya a estas alturas infartados o saturados.

Quiero decir con ello que asistimos a una desavenencia fundamental entre una escala fenomenológico-experiencial de la política (la política que creemos hacer) y una escala sistémica (la política que hacemos sin saberlo o que, como dirían los estructuralistas, *nos hace*). Las consecuencias no deseadas de la acción, la sociedad del riesgo, la dinámica de los sistemas sociales y en general la vertiente más proclive a una *sociología de la sospecha*, esa que se muestra menos refractaria a la presunción de complejidad de los procesos sociales, ha insistido una y otra vez en este extremo: la política que creemos hacer desde una óptica intencional o volitiva puede que no sea más que un anacronismo newtoniano en un entorno einsteiniano en permanente transformación. Detengámonos, pues, en esta posible formulación del problema: en entornos complejos como los que habitamos, la política es cuando menos un asunto multiescalar.

No sostengo (de momento) que una escala sustituya a la otra, sino que las diversas escalas constituyen indicios de que la política responde a una ontología múltiple (plural sería una forma más amable pero menos incisiva de decir lo mismo); que la política es uno de esos objetos topológicamente complejos “en el sentido de que se mantienen definidos y estables en espacialidades diferentes” (García Selgas, 2007:88). Probablemente, el grado de eficacia política se seguirá de determinar con inteligencia y de forma desprejuiciada cuál es la escala donde la política es más estructurante por ser menos reconocible. En entornos complejos, yerra quien en referencia a cuestiones políticas no sigue la máxima de Unamuno: “se confunde quien no se confunde”.

Escrutemos, pues, estas distintas espacialidades que hacen de la política un asunto en el que el tamaño (de la escala) necesariamente importa. Defenderé, en este orden de cosas, que la política se dirige en un territorio complejo, de escala múltiple, que va desde lo más grande (y tosco), la política de las totalidades, hasta lo más pequeño y estructurante, la política infini-

tesimal (Tarde, 2006; Latour, 2002b). En lo que sigue, pues, se abordarán las configuraciones multiescalares que pautan el recorrido desde lo más visible a lo más ignoto del espectro de lo político: la megapolítica (Sloterdijk, 1994) o política humanista, la biopolítica o política de los cuerpos y la nanopolítica o política de las cosas. Pero, antes de entrar en harina, es preciso hacer un pequeño excurso de orden epistemológico porque conocer la política en profundidad pasa, en buena medida, por romper con la univocidad de su evidencia empírica, empleando dispositivos que nos ayuden a ver (y representar) la política de un modo distinto a cómo es vivida en el nivel experiencial-fenomenológico. No es otra la función atribuida a la estética en este texto.

## 2. MEGALOPOLÍTICA: LA POLÍTICA DEL ÁGORA

Para Jacques Ranciere (2002), la política establece el orden de lo sensible. Se refiere a lo que se ve y a lo que se puede decir, a quién tiene competencia para ver y calidad para decir. El filósofo francés distingue dos poéticas, de las que se seguirán dos formas de concebir lo político: en primer lugar, la poética *clásica* de la acción, cuyo correlato es una política humanista, y, en segundo lugar, la poética de los signos, que quiero arriesgarme a correlacionar con una política post-humanista y multiescalar. Merece la pena citar en toda su extensión la reflexión de Ranciere para advertir sus múltiples matices:

*“La poética clásica, aristotélica, es una poética de la acción y de la representación. En ella, el núcleo del poema está constituido por la ‘representación de hombres que actúan’, por la puesta en escena de uno o varios actores de la palabra que exponen o producen una sucesión de acciones que acontecen a los personajes según una lógica que hace coincidir el desarrollo de la acción con un giro de la fortuna y el saber de dichos personajes. A esta poética de la acción, del carácter y el discurso, la época romántica le opuso una poética de los signos: la historia ya no nace de ese encadenamiento causal de acciones ‘según la necesidad o la verosimilitud’ teorizado por Aristóteles, sino de la potencia de significación variable de los signos y de los ensamblajes que forman el tejido de la obra”* (Ranciere, 2005:184).

La política humanista es una política de la gravedad, pues se mueve dentro de los márgenes de lo verosímil. Es una política apolínea en la que la figura humana no sólo es reconocible, sino que constituye el centro mismo de atención, el resorte alrededor del cual todo se organiza y adquiere sentido. Los límites de lo político estarían, pues, acotados por una red conceptual “humanamente” codificable en términos de acción-intencionalidad-consciencia-sentido-palabra-discurso-saber-responsabilidad-emancipación-crítica, etc.

El eje estructurante de esta política apolínea es la centralidad de su dimensión antropológica, lo que Hannah Arendt (1993), en una deriva que sin temor a exagerar se podría considerar una antropogénesis política, llama la “condición humana”. Para Arendt, la condición humana se articula sobre la base de una jerarquía de actividades asociadas a determinadas dimensiones de la realidad: en primer lugar, la labor, actividad correspondiente al proceso biológico del cuerpo humano. La condición humana de la labor es la misma **vida** y está relacionada con aquellas funciones o necesidades más perentorias. En segundo lugar el trabajo, actividad que corresponde a lo no natural de la exigencia del hombre y proporciona un “artificial” mundo de **cosas**. Por último, la **acción**, única actividad intersubjetiva que se da entre los hombres *sin que exista mediación de cosa o materia*. La acción es la dimensión específicamente política: “mientras que todos los aspectos de la condición humana están relacionados de algún modo con la política, esta pluralidad es específicamente la condición –no sólo la *conditio sine qua non*, sino la *conditio per quam*– de toda vida política” (Arendt, 1993:21). Sólo desde la acción adquieren pleno sentido tanto la vida como las cosas. Y de su ausencia se seguirá la degeneración de la política en administración de las cosas y la *nuda vida* (Agamben, 1998).

Lo más relevante de esta jerarquía es que la dimensión política de la humanidad queda definida como *vita activa*, lo que es decir como una política que se sabe haciéndose, que es reconocible en su hacer(se). Una acción política visible y reconocible en el espacio público, y digna de consideración precisamente por ser públicamente visible y reconocible, por ser realizada frente a otros, bajo su refrendo o escrutinio. Una acción, plenamente humana, de cuyo despliegue virtuoso quedan excluidas la vida (el cuerpo) y

las cosas. Total parcial: lo humano es una dimensión que trasciende la (reproducción de la vida y (la producción de) las cosas.

La tesis que quiero subrayar aquí es que, sobre la base de estos supuestos, las condiciones de la visibilidad y la decibilidad del cuerpo político son perfilables únicamente bajo la *trampa figurativa* del antropomorfismo. Concretamente sobre la base de dos principios que subyacen en la escala antropocéntrica, uno atinente a la visión y otro al discurso:

- 1) En cuanto a su visibilidad, el límite del cuerpo político es el *Ágora*, ámbito de visibilidad plena en el que el sujeto se da a la publicidad en lo que Hannah Arendt considera un segundo y verdadero nacimiento.
- 2) En cuanto a su decibilidad, el cuerpo político moderno bebe del principio austriaco de performatividad: el principio de felicidad o eficacia de los actos de habla. En la *episteme* política moderna la esencia de la palabra es hacer(se) ver. La palabra representa la cosa: está por ella. Así, el cuerpo político estaría formado por quienes en el ejercicio de su potencia política enuncian el pacto. La acción política enmarcada en la publicidad del *Ágora* es, pues, un acto de habla performativo, eficaz. Hace lo que dice.

Desde parámetros tales, la política moderna se ha erigido en ejercicio megalopático para grandes pacientes –ciudadanos, funcionarios, hombres de Estado, habitantes todos del *Ágora*–, que son los únicos en percibir la envergadura del mundo y de hacer de su modo de vida un vínculo psíquico superador de familiaridades y gubernamentalidades que se desarrollan a otra escala. El *homo politicus*, verdadero atleta de Estado, convierte en valor decisivo esta capacidad de desasirse de amores, humores y afectos ajenos a la política<sup>1</sup>.

Pero lo que más interesa de cara a despejar las bases estéticas de esta forma de entender el cuerpo político es analizar el régimen escópico que la sostiene. Martin Jay (1988) ha llamado perspectivismo cartesiano al modelo visual hegemónico de la modernidad, que consiste en una síntesis entre

la noción artística de la perspectiva renacentista como articulación del espacio, y la noción filosófica de racionalidad subjetiva como principio de agencia. El perspectivismo cartesiano es un tipo de pensamiento analógico que asume que lo que vemos en la representación pictórica se corresponde con lo que vemos en el mundo real. Dicho con otras palabras, que lo que en el plano fenomenológico experimentamos como narrativa política se corresponde necesariamente con lo *realmente* político. Con base en la perspectiva renacentista, el *Ágora*, lugar en el que se despliega la narrativa política del mundo clásico, se configura como espacio neutro, isomorfo, abstracto y uniforme. El corolario de una representación semejante del espacio de la política es que se evacua todo aquello que no encuentre “lugar” en el *Ágora*: entre otras dimensiones, lo pre-político, lo infra-humano y lo no-humano, a saber, el trabajo, el cuerpo y la “administración de las cosas”.

Ahora bien, el perspectivismo cartesiano no es el único régimen escópico posible. Si buceamos en la historia de la pintura comprobaremos que, por poner un ejemplo, el régimen escópico de la pintura flamenca del XVII, la conocida como Escuela de Amberes, suprime en sus cuadros la narrativa y las referencias textuales típicas del perspectivismo renacentista y los sustituye por la descripción y la superficie de visión. Rechaza así el rol privilegiado del punto de vista, del sujeto que contempla la escena desde la distancia, y da cuenta de la existencia de un mundo de objetos que se reflejan en la superficie del lienzo, de un mundo de cosas recalitrante o indiferente respecto de quien lo contempla.

El mundo se sale así del marco que acota la perspectiva, lo desborda. El arte flamenco, contrariamente al renacentista, anclado como está en la *representación de los hombres que actúan*, tiene una novedosa vertiente semiótico-material, pues, además de las acciones, incluye, en la misma jerarquía de representación, la presencia de palabras y cosas. En la pintura flamenca se da, en suma, una revisión de la jerarquía entre agentes, palabras y cosas que presagia una modificación en la representación del cuerpo político.

Pero el más claro ejemplo de puesta en cuestión del régimen escópico perspectivista son las

<sup>1</sup> En otra parte (Martínez de Albeniz, 2003) he desarrollado, a través del análisis de la espiritualidad franciscana, la figura de la *idiocia*, contramodelo de la de ciudadanía o militancia política, como el proceso de subjetivación política que muestra impudicamente como racionalidad plenamente política el arte de mantenerse pequeño por el bien más alto, estigmatizando así la política clásica como afección megalopática.

vanguardias pictóricas de finales del XIX y principios del XX, pues señalan la transición desde un arte analógico (figurativo), basado en la poética clásica de la representación y la narratividad, a un arte digital que se sustentaría en códigos antes que en imágenes. En efecto, la digitalización no es más que el estadio más avanzado de un proceso de descentramiento de la figura humana que se inicia ya con el impresionismo. No es casual, en este sentido, que la disolución o difuminación de la figura humana llevada a cabo por los impresionistas coincida en el tiempo, como bien supo advertir Kandinsky, con el descubrimiento moderno de que el átomo no es un objeto sólido y unidimensional, sino una estructura compleja de partículas en movimiento. Más que descentrarla, el impresionismo difumina o borra la figura humana, convirtiéndola en gesto, cuando no en mancha.

*“La obra de Manet no sólo destruía la escena, sino también la sublimidad del propio arte: la representación se convirtió en un centón problemático en cuyo proceso se deslizaba la figura humana. Muchos eran amigos de Manet: sin duda no debieron considerar justo que se les tratara como manchas”* (Kuspit, 2005:18).

¿Pero cuál es el efecto de este cambio de régimen escópico en la representación del cuerpo de la política? ¿Cuál, dicho de otra manera, el sentido profundo del paso de una política macroscópica a otra microscópica? La aparición de las masas-manchas en la escena artística vaticina un cambio en los límites de visibilidad y decibilidad del cuerpo político: “la lógica estética de un modo de visibilidad que por una parte revoca las escalas de grandeza de la tradición representativa y por otra parte revoca el modelo oratorio de la palabra a favor de la lectura de los signos existentes sobre los cuerpos de las cosas, los hombres y las sociedades”

(Ranciere, 2002:56). Es preciso aclarar no obstante que con la desaparición de la figura humana no desaparece la política, sino que, antes bien al contrario, se abren a la politización nuevas realidades hasta entonces proscritas por el influjo de un perspectivismo megalopolítico.

Resuena aquí, en la crisis del perspectivismo, el rasgo esencial que según Fredric Jameson, uno de los más conspicuos teóricos de la postmodernidad, caracteriza a ésta: el desorden de un entorno donde personas y cosas han perdido su lugar –su lugar *antropológico* habría que decir con Marc Auge (1994)–, y se deslizan por una superficie que no las sujeta. Así, como consecuencia de la “pérdida de profundidad” (Jameson, 1996: 131) que la aqueja y de la insolvencia óptica del perspectivismo, sobreviene de la mano de la posmodernidad un nuevo sensorio. Sus rasgos más sobresalientes son: la imparable fragmentación, la desintegración de la noción de contexto, la ruptura de la dicotomía entre interior y exterior, fondo y figura, y la pérdida general de profundidad (existencial y analítica).

Precisamente como aplanamiento de la profundidad se puede entender gran parte de la casuística de la que se nutren en la actualidad los Estudios Culturales, a la sazón la más rabiosamente postmoderna disciplina de las ciencias sociales. Citaré algunos ejemplos: la paulatina desaparición de la profundidad de campo del cine clásico, aquellos hermosos planos-secuencia de Welles, que se han visto reemplazados por el cine digital<sup>2</sup> (sin ir más lejos el último film de David Lynch *Inland Empire*, donde el cuerpo mismo de la imagen es el lugar inmaterial en el que se desarrolla la (no)acción<sup>3</sup>); las grabaciones musicales digitales, de las que desaparece la diferencia figura/fondo y las resonancias o ecos espaciales de las grabaciones analógicas de estudio; las fachadas de muchos edifi-

<sup>2</sup> El vídeo, del cual es precedente la animación, el dibujo animado, posee una mayor materialidad que el cine, pues “la obvia elaboración de las imágenes animadas, en su incesante metamorfosis, obedecen a las leyes ‘textuales’ de la escritura y el dibujo antes que a las ‘realistas’ de la verosimilitud, fuerza de gravedad, etc. La animación fue la primera gran escuela que enseñó a leer los significantes materiales (en lugar del aprendizaje narrativo de los objetos de la representación: personajes, acciones y similares)” (Jameson, 1996:107)

<sup>3</sup> Asistimos en la actualidad a la creciente popularización de lo que se ha venido en llamar el cine radical. Recientemente, en el número de mayo de 2008 de *Cahiers du Cinema España* el director español Albert Serra, uno de los representantes más recalcitrantes de esta corriente, comentaba en relación a su última producción *El cant dels ocells*: “Mi deseo es hacer un cine tan simple que, en su interior, no exista ningún poso de humanismo. Un cine en el que los seres sean figuras que no tengan connotaciones humanas”. Y sigue: “Para mí, lo mítico parte siempre de algo muy simple, tras lo cual se esconde el misterio de algo muy complejo. Esta idea está muy presente en los retablos medievales, en los que sólo hay una superficie con unos iconos que nos invitan a penetrar en un mundo espiritual. En la pintura del renacimiento todo se complica, porque las figuras son más psicológicas y la composición busca una complejidad que rompe con la simplicidad. Para mí, el reto consistía en filmar como en la pintura medieval para poder profundizar en un lenguaje mítico en estado puro”.

cios modernos cubiertos de una piel gráfica que conjura su volumetría; el *detournement*<sup>4</sup> como recurso retórico estrella del situacionismo.

Existen evidentes concomitancias entre este sensorio espacial y el sustrato político de la postmodernidad. Así, tras la desintegración del concepto de profundidad o “fundamento” (Hegel) que acaece en la postmodernidad, el cuerpo político carece de la profundidad visual y narrativa propia del Ágora y se vuelve superficie material(ista). El Ágora deja de ser el espacio/tiempo social que envolvía (García Selgas, 2007) la política y la dotaba de sentido, pasando a primer plano, como consecuencia del aplanamiento del espacio, escalas hasta entonces desconocidas (e impolíticas) por no ser visibles y decibles (como políticas). En lo que resta llevaré a cabo un doble movimiento de ampliación del cuerpo político hacia estas otras escalas: la *política de los cuerpos* (biopolítica) y la *política de las cosas* (nanopolítica).

### 3. BIOPOLÍTICA: LA POLÍTICA DEL CUERPO

La primera ampliación se sigue ciñendo a las dimensiones o límites del humanismo, pues tiene como coartada la extensión de las dimensiones antropológicas de la política hacia terrenos vedados en la jerarquía de Hannah Arendt a la que me referí más arriba. La biopolítica no es otra cosa que la (con) fusión deliberada de dos dimensiones antropológicas que el perspectivismo apolíneo mantenía separadas. Al decir de uno de los más destacados teóricos de la biopolítica, Giorgio Agamben, el régimen biopolítico implosiona la distinción que los antiguos establecían entre *zoé* y *bios*, entre vida natural y vida política, entre el hombre como simple viviente que tenía su lugar de expresión en la casa y el hombre como sujeto político que tenía su lugar de expresión en la *polis*.

La superación de esta distinción tiene su origen en una transformación radical de la idea

subyacente de *humanitas*. “Ésta, considerada durante siglos como aquello que sitúa a los hombres por encima de la simple vida común a las otras especies, y cargada además, precisamente por ello, de valor político, no deja de adherirse cada vez más a su propia materia biológica” (Esposito, 2006:11). La introducción de la *zoé* en la esfera de la polis constituye el acontecimiento decisivo de la modernidad y marca una transformación radical de las categorías políticas y filosóficas del pensamiento clásico. En cierto modo, la expresión cuerpo político pasa de tener un sentido *figurado* o metafórico a tenerlo literal: la biopolítica es la *política del cuerpo*.

La cuestión es dilucidar si la fusión de *zoé* y *bios* es una suerte de incruenta ampliación del campo de batalla político debida a la cura de la miopía del régimen escópico perspectivista o si es, más bien, resultado de ampliar el marco hacia nuevas fuerzas sobre las cuales el perspectivismo no ejerce influjo alguno. Foucault es más partidario de esta segunda hipótesis: la biopolítica es la forma de gobierno de una nueva dinámica de las fuerzas, las cuales expresan relaciones de poder que el mundo clásico no (re)conoce.

La entrada de la vida en la política es analizada por Foucault a través del desarrollo de lo que desde la perspectiva de la política apolínea constituye un oxímoron: la economía política. La obra de Foucault es, de hecho, la demostración palpable de cómo las técnicas de poder cambian en el momento preciso en el que la economía (en tanto que gobierno de la familia) y la política (en tanto que gobierno de la *polis*) se integran la una en la otra.

La biopolítica se refiere a una transformación fundamental en la consideración del cuerpo político de las sociedades modernas: *el pasaje de una forma de ejercicio del poder basada en el principio de soberanía a otra basada en un principio de normalización de grandes poblaciones*. Mientras que la primera forma es de naturaleza jurídica y se centra en la ley como

<sup>4</sup> “*Detournement* es un concepto surgido dentro del movimiento situacionista que habla sobre la posibilidad artística y política de tomar algún objeto creado por el capitalismo y el sistema político hegemónico y distorsionar su significado y uso original para producir un efecto crítico. Una palabra parecida en español es tergiversación” cfr. *Wikipedia*, , consultada el 16-06-08.

En propuestas de último cuño como el techno-generismo (Preciado, 2002; 2008) se produce un giro semiótico-material típico del *detournement* situacionista, en el sentido de que la confusión dentro/fuera, interior/exterior y envoltura/envuelto le lleva a apostar por una *dildología* que aboga por que el dildo no es una polla de plástico, sino que la polla es un dildo de carne. Se invierte así la dicotomía natural/artificial poniendo en cuestión la carnalidad del falo (orientado hacia el interior por su función reproductiva) en favor de la artificialidad del dildo (orientado hacia el exterior en tanto que instrumento de placer).

instancia ordenadora de la comunidad política, la segunda se despliega en un conjunto de mecanismos de control y administración que produce y regula la vida de las poblaciones. El control de la sociedad sobre los individuos no se efectúa ya solamente a través de la conciencia o la ideología, en una escala fenomenológica en la que los hombres se saben haciendo política, sino en el cuerpo y con el cuerpo, que es una escala en la que hacen política (o la política los hace) sin saberlo. No se trata ya de que la política, una política deliberativa, se emplace en un ámbito como el Ágora entendido como espacio de visibilidad, sino de la irrupción de un conjunto anónimo de técnicas que no son visibles desde el perspectivismo cartesiano.

Cuando el poder se hace biopolítico, el conjunto del *cuerpo social* es subsumido bajo el influjo de la máquina del poder. La sociedad reacciona como un único cuerpo. El poder se manifiesta en la forma de un control que invade las profundidades de las conciencias y de los cuerpos de la población y se extiende a través de las relaciones sociales.

El *quid* de la cuestión estriba en dilucidar si existe o no una asunción consciente por parte del sujeto de la efectividad del poder biopolítico. Si existe, estamos ante una producción de subjetividad y una política de la resistencia. Si no, ante procesos de sujeción que abocan a la muerte social. La biopolítica “o torna sujeto a su propio objeto, o lo objetiva definitivamente. O es política de la vida, o sobre la vida” (Espósito, 2006:53). O genera nuevos procesos de subjetivación sobre la base de un potencial resistente y creativo, de estirpe emancipatoria, o deriva en procesos de reificación. Esta es su disyuntiva.

Ahora bien, por más que ha sido formulado de forma novedosa, el problema de la biopolítica sigue estando, no obstante, demasiado pegado en su arquitectura profunda al viejo problema planteado por la sociología en términos de las dicotomías acción/estructura, mundo de vida/sistema o micro/macro. La política *de* la vida y la política *sobre* la vida no son dos escalas inconmensurables de la política sino que siguen siendo las dos caras de una relación de antagonismo y como tales se necesitan la una a la otra. Entre la vida y la muerte, entre la subjetivación y la resistencia, por una parte, y la objetivación y la muerte por otra, el cuerpo, su condición figurativa, bien definida en sus contornos, sea como cuerpo indivi-

dual o cuerpo social, sigue siendo el límite heurístico de la política.

La diferencia estriba en que con la irrupción de la biopolítica el cuerpo político de Leviatán del *soberano* aparece ahora desnudo. Pero aún seguimos colgados del cuerpo, de su carnalidad. Seguimos en cierto modo presos del registro antropomórfico. De la traducibilidad o conmensurabilidad de los cuerpos: por un lado de los cuerpos concretos, los microcuerpos, y su fenomenología de la resistencia y la emancipación. Por otro, del cuerpo social, el macrocuerpo, sometido a disciplina y control sistémico.

#### 4. DE LA DESCOMPOSICIÓN DE LOS CUERPOS A LA POLÍTICA MOLECULAR

Para forzar la siguiente ampliación, la ampliación de la política de los cuerpos a la de las cosas, es necesario, pues, abandonar de una vez por todas ese “recipiente limitado que contiene en sus profundidades un conjunto de leyes y operaciones” (Rose en Callén y Tirado: en este volumen). Existe un antecedente en la historia de la teoría sociológica que vislumbra una forma de, expandiendo de paso el cuerpo de la política, hacer sociología a una escala infinitesimal, al margen de las visiones totalizadoras tanto del cuerpo individual como del social. Me refiero a la monadología de Gabriel Tarde, coetáneo de Durkheim, en cuya relevancia han coincidido recientemente varias publicaciones (Latour, 2003; Lazzarato, 2006; Sloterdijk, 2004). Me pregunto si acaso tras la recuperación de la obra de Tarde no hay un intento de superar la sociología perspectivista, figurativa, realista y totalizadora que inaugurara Durkheim. Bruno Latour parte de la hipótesis de que Tarde no disponía en su tiempo de la evidencia empírica que hubiera dado plausibilidad a su propuesta teórica. De ahí lo intempestivo de su propuesta. Ahora que con el ingreso de pleno derecho de la agencia post-humana en la sociología tal cosa ya existe, el pensamiento de Tarde ha adquirido una *rabiosa* actualidad.

Ha de quedar claro, cuando menos, el origen diametralmente opuesto de los dos programas que compitieron en el período fundacional de la sociología por diseñar una interfaz social y política más plausible. La visión de Tarde habla a las

claras de la escasa plausibilidad de una sociología de las totalidades. En términos médicos, metáfora muy del gusto de este autor, podría afirmarse que la sociología Durkheimiana es alopática, ataca el cuerpo social como una totalidad, desde fuera (desde la moral), mientras que la monadología social de Tarde es homeopática, esto es, aborda lo social desde dentro, desde la escala infinitesimal, más allá y más acá de las consabidas escalas del cuerpo individual y el social:

*“Renuncia a tomar la sociedad como un orden más alto y complejo que el individuo, renuncia también a tomar al individuo humano como la unidad de la que la sociedad está hecha. El cerebro, la mente, el alma, el cuerpo están en sí mismos compuestos por miríadas de pequeñas personas, o agencias, cargadas cada una de ellas de fe y deseo, que promueven activamente la imagen que tienen del mundo”* (Latour, 2002b).

Tarde no se detiene en las fronteras, más figurativas que disciplinares, entre lo psíquico, lo biológico y lo sociológico. No cree en que los niveles superiores expliquen los inferiores. Las sociedades humanas no son específicas en el sentido de que deberían ser simbólicas, o formadas por individuos, o debidas a la existencia de macroorganizaciones. El punto de vista infinitesimal lleva a pensar en un proceso de constitución del mundo social que no es en principio antropomórfico, sino cosmológico.

*“No se puede comparar fácilmente esta sociología con las microsociologías contemporáneas. Estas últimas son avatares de la fenomenología de la intersubjetividad, mientras que la microsociología de Tarde es una sociología de los átomos, de las bacterias, de las células y de lo social. Cada individuación se hace posible por las individuaciones que la han precedido. La individuación social no borra, sino que integra a los otros”* (Lazzarato, 2006: 68).

De todo ello se sigue una radical ampliación del cuerpo político (de la *res pública*) hacia las cosas, hasta el punto de que se invierte irónicamente el precepto Durkheimiano de que debemos tratar los hechos sociales como cosas. Para Tarde, todas las cosas son sociedades y cualquier fenómeno es un hecho social. No hay nada especialmente nuevo en el reino de los humanos. Sloterdijk lo ha expresado con su habitual talento mediante un experimento *gravitatorio* a la contra de la política humanista:

*“Si al instinto de sociabilidad de los seres humanos no se le pusiera un dique mediante limitaciones insuperables, procedentes de la fuerza de gravedad, más tarde o más temprano se vería crecer, sin duda, junto a los pueblos conocidos en línea horizontal, naciones verticales: asociaciones de uvas-seres-humanos, que se elevarían en el aire y que sólo se apoyarían en el pie de una perpendicular sobre el suelo terrestre, sin desplegarse sobre él (...) Apenas tiene sentido explicar por qué esto es imposible. Una nación que fuera tan alta como ancha, superaría con mucho el ámbito respirable de la atmósfera y la corteza de la tierra no ofrecería materiales suficientemente sólidos para las construcciones titánicas de ese desarrollo vertical de la ciudad”* (Sloterdijk, 2004: 227).

Piénsese en la acción comunicativa de Habermas o en sus comunidades ideales de hablantes para ejemplificar las metrópolis de las que habla Sloterdijk. Porque la *polis* constituye tanto la estructura de plausibilidad como el régimen escópico que como un dique de contención ha evitado que la sociología se haya desbordado hacia territorios en los que lo político podría haberse hecho visible, decible y pensable de otro modo. En este sentido, la sociología de Tarde no es tanto una sociología de la ciudad ideal, de la *polis* infinita, cuanto una sociología infinitesimal, una sociología de líquenes, musgos y rizomas. La suya no es una megalopolítica, ni siquiera una política del cuerpo, sino una política que trata de moverse en una escala de lo (ya no tan) ínfimo: la política de (todas) las cosas.

Quedémonos de momento, ante el desconcierto que genera el contraste entre las escalas megalopolítica e infinitesimal, con que lo político podría estar atravesado por una suerte de tranquilizadora ontología pluralista que remitiría por igual a lógicas mayoritarias y minoritarias. Las primeras harían referencia a las totalidades más o menos institucionalizadas (el cuerpo, el individuo, el Estado, la sociedad, etc.), mientras que las segundas se atenderían a procesos micropolíticos y desinstitucionalizados. Ahora bien, la clave no para soslayarlo sino para profundizar en este desconcierto y rentabilizarlo está en comprender que, lejos de constituir instancias complementarias, estas dos escalas dependen de regímenes escópicos distintos y que por tanto son inconmensurables las representaciones del cuerpo político que de ellas derivan. Tal es el desconcierto que genera en el sentido común esta desavenencia de escalas,

que las consecuencias políticas objetivas de nuestras acciones pueden ser tales que “hace que a veces seamos, simultáneamente, aliados y enemigos de alguien” (Guattari, 2006:64) según sea la escala en la que operemos.

La expresión *revolución molecular*, puesta en la órbita filosófica por Deleuze y Guattari, recoge bien esta escala ajena a las totalidades políticas que atraviesa por igual los niveles infrapersonal, personal, interpersonal e institucional de la vida social. Estos microprocesos son de ordinario de una naturaleza distinta a las luchas políticas y sociales a gran escala, aquellas que operan con figuraciones totalizantes como individuo, clase, sociedad, Estado, etc. Tan es así que en el nivel de las revoluciones moleculares los enemigos no pueden ser clasificados en “rúbricas claramente delimitadas” (*ibidem*). Es perfectamente posible, pues, que grupos que desde un punto de vista ideológico convencional tienen un funcionamiento tradicional (codificable en términos de los pares conservador/progresista o derecha/izquierda) se encuentren en posición de desempeñar conjuntamente secuencias de revolución molecular. Ahora bien, lo que cuenta a esta escala son las mutaciones en el “campo social inconsciente”, es decir, en aquellos ámbitos que el régimen escópico perspectivista no acierta a comprender, pues están más allá de la fenomenología de la política y de las (grandes) narrativas de los “hombres que actúan”.

Más allá de los relatos de la política que suministran los grandes fabuladores de las sociedades contemporáneas, los medios de comunicación. Más allá del furor del compromiso militante, sordo en su megalopatía a la dimensión micropolítica. Más allá de las crónicas heroicas de la megalopolítica. Más allá de todo ello, en el registro molecular, a veces “los campeones de la libertad son tan despreciables como los defensores del conservadurismo” (Guattari, 2005:156).

En suma, entre el nivel “molar” de las totalidades sociales y el “molecular” de las revoluciones infinitesimales no hay una oposición distintiva que dependa de un tranquilizador principio lógico de contradicción entre la macropolítica y una política menor (Lazzarato, 2006) de barniz emancipatorio, embebida en el mantra “otra política es posible”. No es este el marco de sentido en el que importa el tamaño. Puede resultar difícil, pero es preciso desprenderse de esta visión para recuperar los elementos que constituyen la verdadera trama de la

política, virar en cierto modo hacia una lógica de la indeterminación: “en la física cuántica, por ejemplo, fue necesario que en un momento dado los físicos admitiesen que la materia es corpuscular y ondulatoria al mismo tiempo. De la misma forma, las luchas sociales son, al mismo tiempo, molares y moleculares” (Guattari, 2005:149).

Ahí, en la indeterminación que se sigue de la imposibilidad de observar a un tiempo la partícula y la onda, reside el carácter multiescalar de la política. No es una multiescalaridad al uso, pues no hay un punto de vista desde el que se puedan observar las diversas escalas, como ocurría con el perspectivismo político de Leviatán, que permitía observar a un tiempo lo micro y lo macro, haciéndolos conmensurables y hasta complementarios por mor de la razón tautológica de una totalidad que estaba formada por las partes (los ciudadanos) y de unas partes que formaban el todo (el Estado). En el régimen escópico perspectivista las dinámicas a escala micro son generalmente cooptadas por totalidades socio-políticas de producción de subjetividad, “ya sea por medio de la gran red de equipamientos colectivos, ya sea por medio de estructuras de reapropiación por la acción militante” (Guattari, 2005:151).

La ontología múltiple –no la ontología plural típica del perspectivismo– que dibuja el par molar/molecular se compadece más con formas que emergen en espacialidades diferentes. Recientemente recordaba Fernando García Selgas un ejemplo que puede resultar clarificador. La presencia de algo no impide que:

*“encontremos que un objeto regional (euclidiano o cartesiano) como un barco, con la forma que le definen su proa y popa, su eslora, su velamen, su quilla, etc., y que se mantiene bastante estable mientras se desplaza por las correspondientes coordenadas fijas, puede ser también un objeto reticular, cuya funcionalidad se garantiza por el trabajo continuo y entrelazado de tablas, lonas, cuerdas, tripulación, olas, viento, etc. La multiplicidad aparece ahora ubicada en los objetos que son espacial o topológicamente múltiples en el sentido de que se mantienen definidos y estables en espacialidades diferentes y ello es precisamente lo que permite que, como los barcos, se desplacen, en el espacio regional, mientras permanecen inmutables, en el espacio reticular”* (García Selgas: 2007:88).

Ante la simultaneidad de estas espacialidades podemos optar por la decisión metodológica del perspectivismo cartesiano, reduciendo el fenóme-

no a su forma más simple, a saber, la copresencia e interacción complementaria de las dos escalas, la euclidiana y la reticular. Pero también podemos optar por la vía más difícil: “comenzar por la forma más compleja, siendo las más simples derivadas suyas” (Jameson, 1996:115). Con arreglo a este último principio óptico habrá de ser observada la siguiente ampliación en la escala del cuerpo político: la nanopolítica.

## 5. LA NANOPOLÍTICA O POLÍTICA DE (TODAS) LAS COSAS

Quiero concluir haciendo referencia a un caso de política infinitesimal en su vertiente más programática y reflexiva. En su apasionante último libro, *Testo Yonqui* (2008), híbrido de diario y ensayo sociológico, Beatriz Preciado narra con todo lujo de detalles el tratamiento de testosterona al que se ha sometido recientemente. No es este el lugar para profundizar en las razones que le empujaron a tomar una decisión tan drástica, ni mucho menos para resumir chapuceramente los avatares que puntúan su proceso de mutación tecno-genérica. Lo que me interesa es valorar la plausibilidad que su apuesta otorga a lo que a efectos de inventario desde ya denominaré la escala *nano* de la política, la nanopolítica.

La *tecno-performance* de Preciado se enmarca en un nuevo capitalismo farmacopornográfico, transgresor, en muchos de sus extremos, del orden biopolítico, en el que la subjetividad se gestiona biomediativamente a través del control molecular y la producción de conexiones audiovisuales virtuales. Es así que el orden farmacopornográfico no se compadece con las totalidades cerradas que enmarcaban las dos escalas de la política que se han desarrollado hasta aquí: la megalopolítica y su totalidad espacial, el Ágora, y la biopolítica y su totalidad carnal, el cuerpo. El orden nanopolítico de la industria farmacopornográfica apela más bien a una agencia política literalmente fluida:

“Trabajamos en la pornofábrica: una industria tecnosomática, cuyos carburantes son el esperma, la sangre, la orina, la adrenalina, la testosterona, la insulina, la silicona, los psicoestimulantes, los estrógenos, pero también los signos digitalizables y transmisibles a gran

velocidad, el dígito, el texto, el sonido, la imagen, etc.” (Preciado, 2008:185).

La nanopolítica atraviesa los cuerpos y los conecta a un nivel capilar o sináptico, esto es, infinitesimal. Es una política del cuerpo a cuerpo. Mejor, una política que perfora los cuerpos. Si en la sociedad disciplinaria las tecnologías de subjetivación controlaban el cuerpo desde el exterior, mediante un aparato ortoarquitectónico externo, en la nanopolítica, la relación cuerpo-poder se vuelve tautológica: la política se hace cuerpo, es literalmente *incorporada*. Pongamos por caso la ingesta de testosterona, droga que se difunde de piel a piel, a través del sudor. ¿Cómo controlar, se pregunta Preciado, “la microdifusión de finitas gotas de sudor, la exportación y la importación de vapores, el contrabando de exhalación, cómo prevenir el contacto entre vahos cristalinos, cómo controlar al diablo transparente que se desliza desde otra piel a mi piel?” (Preciado, 2008:54).

Estamos ante un desconcertante baile de escalas debido en gran parte a las distintas texturas de los actores políticos en liza (empresas farmacéuticas, ideologías políticas, leyes, cuerpos testosteronados,  $C_{19}H_{28}O_2$ , etc.). Probablemente, el/la lector/a recuerde el hilarante episodio en que Mariano Rajoy manifestaba públicamente, en aplicación estricta de la más plana de las concepciones de la geopolítica, que una vez que el *Prestige* fuera desplazado al exterior de las fronteras marítimas españolas el *chapapote* dejaba de ser un problema español. No pasaron muchos días hasta que se pudo comprobar lo recalcitrante que se mostraba la mancha de fuel a este tipo de agenciamientos estado-nacionales o *nacionalismos metodológicos*. Pues bien, el gel de testosterona es a las fronteras del cuerpo lo que el *chapapote* a las del Estado-nación: un agente político ingobernable, recalcitrante, imposible de ser enrolado en la escala biopolítica. Una agente político incontinente.

Si en la sociedad disciplinaria la arquitectura y la ortopedia servían como modelos para entender la relación cuerpo-poder, en la sociedad farmacopornográfica el modelo de acción sobre el cuerpo es la microprostética, esto es, las técnicas microinformáticas, farmacológicas y audiovisuales<sup>5</sup>. Estas tecnologías toman la forma del cuerpo que controlan. Se transforman en cuerpo, hasta vol-

<sup>5</sup> La producción audiovisual *Los Soprano* (HBO), considerada por muchos críticos como la mejor serie televisiva de la historia, es por cierto un perfecto ejemplo de la multiescalaridad de la política. Compárese si no, la lógica estrictamente maquiavélica, ejemplarmente

verse indistinguibles de él. Desaparece pues la distinción biopolítica entre el cuerpo y el dispositivo. No hay diferencia entre dispositivo y ser vivo, sino que “el ser tecno-vivo emerge en un proceso de agenciamiento técnico” (Preciado, 2008:122). El panóptico deja paso como agencias políticas a la electrificación, la digitalización y la molecularización.

Ocurre con lo molecular lo que sucedía con el cuerpo en la escala megalopolítica. En ésta el cuerpo tenía la vigencia de una metáfora, el “cuerpo de la política”, cuyo correlato empírico era el Estado. Sólo posteriormente, cuando nos trasladábamos de la escala megalopolítica a la biopolítica, pasa el cuerpo de tener un sentido metafórico a tenerlo literal, siendo así plausible en tanto que correlato empírico de la biopolítica. Pues bien, en la escala de la biopolítica, lo molecular opera también como metáfora (opuesta a lo molar) y es sólo a escala nanopolítica cuando pasa a adquirir un sentido literal. La nanopolítica es una política de las moléculas. Ésa es su escala.

A buen seguro, cuando Guattari hablaba de “revolución molecular” para analizar las revueltas del mayo francés (que vio cómo la biopolítica tomaba las calles a través de la emergencia de problemáticas sociales como el consumo de drogas, la transformación de las conductas sexuales, o la invención de nuevos lenguajes), lo estuviera haciendo en un sentido metafórico, sin dejarse llevar por la literalidad del término. La presencia de las totalidades (aún en su calidad de fuerzas a las que oponerse) era aún demasiado pregnante e impedía bajar al terreno de lo infinitesimal.

Pero la cosa cambia cuando, como en el caso de *Testo Yonqui*, observamos a bio-mujeres administrándose testosterona. Esto es molecular en sentido estricto, no lato. La política se desplaza de los cuerpos a las moléculas, a lo infinitesimal. Y sólo desde ahí se puede acceder a las totalidades, las cuales adquieren un sentido radicalmente nuevo.

¿Pero cómo alcanzar la sensibilidad hacia lo molecular? ¿Cómo orientarnos en esta escala? ¿Cómo elaborar una cartografía de lo infinitesimal? Lo que se impone es desarrollar una actitud empática hacia lo invisible, una suerte de francis-

canismo *high-tech* que en vez de hermanarse únicamente con las cosas reconocibles, de perfiles nítidos (“hermana luna”, “hermano viento”, “hermana muerte corporal”, se puede leer en el *Cántico del hermano sol* de Francisco de Asís), lo haga también con la *hermana molécula*.

Karin Knorr-Cetina ha apuntado hacia esta suerte de empatía con lo infinitesimal no-humano a través del contraintuitivo concepto de “socialidad con objetos”. Relata el caso de McClintock, una científica que, profundizando en el aspecto moral de la solidaridad centrada en los objetos, estableció un protocolo para relacionarse socialmente con ellos:

“McClintock nos dice una y otra vez ‘tienes que ser paciente para escuchar lo que la materia nos tiene que decir’... Por encima de todo uno tiene que desarrollar un sentimiento hacia el organismo. Este aprecio por el organismo que está más allá de nuestras más insospechadas expectativas ha de ser llevado a la vida cotidiana: ‘siempre que camino me siento culpable porque sé que la hierba me está gritando cuando la piso’ (Knorr-Cetina, 1997:19).

Es ésta una suerte de *ecología política* que se sitúa más allá de su significado convencional. Por ecología política entiendo, con Latour, el intento de producir voces en las cosas que generen perplejidad en los humanos y sean así tenidas en cuenta por ellos. Y esto ocurre por lo general en los laboratorios, donde los científicos hacen posible mediante prótesis discursivas que los humanos participen en las discusiones de los no humanos en igualdad de condiciones. Latour se muestra concluyente a este respecto: “la mitad de la vida pública reside en los laboratorios” (Latour, 2004:69).

## 6. PROYECCIONES

Si algo ha de quedar claro en este viaje del Ágora a lo infinitesimal que hemos emprendido es que se ha vuelto perentoria una nueva cartografía que sitúe la política más allá del plano fenomenológico en el que nos sabemos hacién-

*soberana*, que rige las andanzas del grupo de mafiosos comandado por Tony Soprano (James Gandolfini), con la escala nanopolítica en la que actúa el Prozac que, recetado por su psiquiatra la Dra. Jennifer Melfi (Lorraine Bracco), consume el protagonista de la serie en cantidades industriales. Este ingrediente, tan inhabitual en el contexto mafioso, termina por reconfigurar la trama, siendo como es uno de sus agenciamientos más efectivos, y hace de una serie típica de mafiosos algo infinitamente más complejo e interesante. En *Los Soprano*, la presencia de un jefe mafioso depresivo es el desencadenante de toda una *sinfonía política*.

dola. Mejor dicho, conviene extender, como ya se hiciera con el cuerpo, el campo de la fenomenología política a lo no humano, a las cosas, siendo sensibles a cómo contribuyen éstas a la configuración de lo público. De la megalopolítica pasamos así a la política de los laboratorios o a los laboratorios de la política –que no es lo mismo, pero es igual–. De un espacio, como el Ágora, de máxima visibilidad, en el que rigen el discurso transparente y la acción humana irrestricta, pasamos a las cajas negras en las que se gesta la política de las cosas. De la notoriedad pública, miope, cegada por su visibilidad, pasamos a la política artefactual, la política de las manchas, de los campos de fuerza, en fin, a la tecnocracia en el sentido más virtuoso del término.

De la ilusión de la emancipación, una emancipación ingenua y voluntarista, sometida a la paradoja pragmática del doble vínculo<sup>6</sup>, de la búsqueda histórica de lo nuevo (“otra política es posible”), o del recuerdo melancólico por lo irremisiblemente perdido (el olvido de la *polis*), pasamos a hablar con Latour de la composición progresiva de un mundo común en el sentido literal de *res pública*: hacer públicas/políticas las cosas, dotándolas de agencia y representación *parlamentaria*.

Para advertir la profundidad de este cambio no hay más que escuchar el contrapunto de la cansina cháchara sobreactuada de unos políticos que, atrapados en la red de una *semiosis política* carente de fuerza performativa e incluso de referencia, nadan en la redundancia más estéril. Frente a esta visión sepia de la política, no estaría de más comenzar a elaborar otras imágenes, otras representaciones del cuerpo político, pero no mediante la estrategia iconoclasta de destruir las que se tienen por caducas, pues en el trance de destruirlas es cuando alcanzan su mayor grado de visibilidad (Latour, 2002a), sino desfigurándolas para reconfigurarlas<sup>7</sup>.

Un personaje, no precisamente virtuoso desde el punto de vista de la política apolínea, nos puede servir de guía en este empeño. Me refiero a Edipo. Edipo es impensable en el orden apolíneo de la polis, pues al arrancarse los ojos deja de ver. No obstante, su visión defectuosa resulta ser clave en la nueva configuración del cuerpo político. En entornos post-humanos, Edipo reaparece como inconsciente reprimido. Desde que no ve, ha aprendido a ver más allá de la trampa figurativa del registro antropomórfico. Lo que le (nos) deparará esta visión está aún por venir.

## BIBLIOGRAFÍA CITADA

- AGAMBEN, G. (1998): *Homo Sacer: el poder soberano y la nuda vida*, Valencia, Pre-Textos.
- ARENDRT, H. (1993): *La condición humana*, Barcelona, Paidós.
- AUGE, M. (1994): *Los “no lugares”: Espacios del Anonimato*, Barcelona, Gedisa.
- BENJAMIN, W. (1975) “El arte en la era de la reproductibilidad técnica” *Discursos interrumpidos I*, Madrid, Taurus.
- ESPOSITO, R. (2006): *Bíos. Biopolítica y filosofía*, Buenos Aires, Amorrortu.
- GAMBONI, D. (2005) “Composing the Body Politic” B. Latour y P. Weibel (eds.) *Making Things Public. Atmospheres of Democracy*, Cambridge Mass., MIT Press.
- GARCÍA SELGAS, F. (2007): *Sobre la fluidez social. Elementos para una cartografía*, Madrid, CIS.
- GUATTARI, F. y S. ROLNIK (2006): *Micropolítica. Cartografías del deseo*, Madrid, Traficantes de Sueños.
- JAMESON, F. (1996): *Teoría de la posmodernidad*, Madrid, Ed. Trotta.
- JAY, M. (1988) “Scopic regimes of modernity” Foster, H. (ed.), *Vision and visuality*, Seattle, Dia art Foundation, Bay Press, pp. 3-23.
- KNORR-CETINA, K. (1997) “Sociality with Objects. Social Relations in postsocial Knowledge Societies” *Theory, Culture and Society*, Vol. 14, 4:1-30.
- KUSPIT, D. (2005) “Del arte analógico al arte digital. De la representación de los objetos a la codificación de las sensaciones” D. Kuspit et al. *Arte digital y videoarte, Transgrediendo los límites de la representación*, Madrid, Ediciones Pensamiento.

<sup>6</sup> Me refiero a la imposibilidad pragmática de hacer frente a la orden “¡emancípate!”, dado que de seguirse la orden se estaría *obediendo la orden de emanciparse*, lo que haría inviable todo intento de emancipación.

<sup>7</sup> En otro lugar (Martínez de Albeniz, 2007) he tratado de llevar a cabo un intento de reconfiguración de la escala del cuerpo político pixelizando la figura de Leviatán que aparece en la portada original del libro con la ayuda de algunos filtros del programa de diseño gráfico *Adobe PhotoShop*.

- LATOUR, B. (2002a) "What is iconoclasm? Or is there a world beyond the image wars?" en [http://www.bruno-latour.fr/livres/cat\\_ico\\_noc\\_chap.html](http://www.bruno-latour.fr/livres/cat_ico_noc_chap.html), consultado el 16-06-07.
- LATOUR, B. (2002b) "Gabriel Tarde and the end of the social" en P. Joyce (ed.), *The social in question. New Bearings in History and the Social Sciences*, Londres, Routledge, consultado en el 16-06-07.
- LATOUR, B. (2004): *Politics of nature. How to bring the sciences into democracy*, Cambridge Mass., Harvard, University Press.
- LATOUR, B. (2005) "From Realpolitik to Dingpolitik or How to Make Things Public" B. Latour, B. y P. Weibel (eds.) (2005): *Making Things Public. Atmospheres of Democracy*, Cambridge Mass, MIT Press.
- LAZZARATO, M. (2006): *Por una política menor. Acontecimiento y política en las sociedades de control*, Madrid, Traficantes de Sueños.
- MARTÍNEZ DE ALBENIZ, I. (2003) "Ciudadanos, multitudes e idiotas. Hacia una subjetividad política postconvencional" *Inguruak*, 37: 65-82.
- MARTÍNEZ DE ALBENIZ, I. (2007) "La trampa figurativa del antropomorfismo. Hacia una interfaz compleja de lo social" Ponencia presentada en los VI Encuentro de Teoría Sociológica, Universidad Pública de Navarra, Pamplona, 21-23 de junio.
- PRECIADO, B. (2002): *Manifiesto contra-sexual*, Madrid, Opera Prima.
- PRECIADO, B. (2008): *Testo Yonqui*, Madrid, Espasa.
- RANCIÈRE, J. (2002): *La división de lo sensible. Estética y política*, Salamanca, Consorcio de Salamanca.
- RANCIÈRE, J. (2005): *La fábula cinematográfica. Reflexiones sobre la ficción en el cine*, Barcelona, Paidós.
- SIMMEL, G. (1997): *Filosofía del dinero*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos.
- SLOTERDIJK, P. (1994): *En el mismo barco. Ensayo sobre la hiperpolítica*, Madrid, Siruela.
- SLOTERDIJK, P. (2004): *Esferas III. Espumas*, Madrid, Siruela.
- SLOTERDIJK, P. (2006): *Venir al mundo, venir al lenguaje. Lecciones de Frankfurt*, Valencia, Pre-Textos.
- TARDE, G. (2006): *Sociología y monadología*, Buenos Aires, Cactus.